

**LO HABÍAN RECONOCIDO AL PARTIR EL PAN - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM**

**Lc 24,13-35**

*Dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén. Hablaban entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido. Y sucedió que, mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. Pero los ojos de ellos estaban velados, para que no lo reconocieran. Él les dijo: -- ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: -- ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? Entonces él les preguntó: -- ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: -- De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo lo entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y lo crucificaron.*

*Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel. Sin embargo, además de todo, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las cuales antes del día fueron al sepulcro; como no hallaron su cuerpo, volvieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron. Entonces él les dijo: -- ¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.*

*Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo: -- Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: -- ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras? Levantándose en esa misma hora, volvieron a Jerusalén; y hallaron a los once reunidos y a los que estaban con ellos,*

***que decían: -- Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Entonces ellos contaron las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.***

Con el episodio de los discípulos de Emaús, el evangelista Lucas ha querido mostrarnos el camino que la primera comunidad ha tenido que recorrer para poder comprender la enseñanza de Jesús, y sobre todo, para poderlo experimentar como al resucitado, al viviente, al Señor de la historia. Es un camino difícil porque está marcado por la decepción, por la tristeza y la disgregación de un grupo que se divide.

Dos discípulos que dejan Jerusalén y se retiran a una aldea llamada Emaús. La aldea es imagen de lo cerrado, de lo que vive centrado en el pasado, lo que ya se conoce y se sabía. Son discípulos que vuelven a sus seguridades. Habiendo visto en la muerte de Jesús el final de sus sueños de grandeza, la nación de Israel conquistadora, y ese Mesías triunfador que habría sometido a los adversarios del pueblo, todo esto que no ha sucedido, lleva a la comunidad a la disgregación, la tristeza, la decepción y sobre todo a encerrarse de nuevo en el pasado.

Por esto, cuando Jesús se acerca a ellos en el camino, son incapaces de reconocerlo. No son capaces de ver en Jesús al hombre que ha triunfado sobre la muerte, pues para ellos la muerte es el final de todo, ya que ellos veían a Jesús como el Mesías de poder liberador del pueblo por la fuerza.

Jesús comienza explicándoles las escrituras, ya que estas no hablaban de un Mesías de poder, sino de todo lo contrario. Hablaban de aquel que tenía que dar la vida para que de esa manera se pudiese comprender de modo exacto todo el proyecto del Padre.

Al separarse Jesús de los dos discípulos que se acercan a la aldea, le pedirán que se quede con ellos. Ese gesto de acogida y el deseo de compartir el tiempo con Jesús, será suficiente para que a partir de ahora se vuelva a recrear en esa comunidad la esperanza y la vida que por ahora parecía algo completamente perdido. Jesús se sentará a la mesa con ellos y repetirá los mismos gestos que repitió en la cena con sus discípulos. Será en el momento de partir el pan cuando se abrirán los ojos de los discípulos, que comprenderán que ese hombre que ha caminado con ellos y les ha explicado las escrituras, recordando el gesto inmenso de una vida que se ha entregado por amor de los hombres, ese hombre es el Cristo resucitado, el vencedor de la muerte.

Lucas habla de la alegría y el calor que invade a estos dos discípulos, que dicen: “no nos ardía el corazón cuando nos explicaba las escrituras”. Es una forma irónica con la que el autor quiere decirnos que los verdaderamente muertos eran los discípulos, que se encontraban en esa situación de muerte porque eran incapaces de abrirse a la enseñanza de Jesús y de haberse fiado de lo que Jesús había siempre explicado y demostrado con su vida.

Ese calor vuelve a los discípulos. Ese corazón que se enardece como experiencia de haber sentido palpitar de nuevo la vida, de haber comprendido los gestos de Jesús y las propias escrituras. Estas no se pueden comprender en la comunidad cristiana si el creyente no tiene intención de sentarse a la mesa y compartir su pan con los demás; si el discípulo no está dispuesto a dar su vida como Jesús la ha dado por el bien de los hombres, no podrá

comprender las escrituras y no podrá saber nada de lo que es el proyecto del Padre sobre la plenitud humana, la posibilidad que cada ser humano tiene para poder llegar al máximo en su vida y establecer con el Padre una relación de plena comunión e intimidad.

Los discípulos volverán ahora a Jerusalén para contar su experiencia. La comunidad se vuelve a reunir. De esta situación nueva, la comunidad tendrá la fuerza para dar testimonio y demostrar delante de los hombres que la palabra de Jesús ha sido auténtica, y que su gesto para dar vida y afrontar la muerte, para que esta vida se manifestara en todo su esplendor, son gestos que ahora la comunidad tiene que demostrar delante de los demás.

La resurrección no se puede comprender sin estos elementos fundamentales: el pan que se parte y se ofrece como alimento a los demás, y la palabra de Jesús que da luz al mismo gesto que la comunidad es capaz de realizar. La resurrección de Jesús fue esta experiencia que han tenido los primeros discípulos al final de un camino.

No ha sido un privilegio para ellos. Es una propuesta que el evangelista dirige a todos los creyentes. Todos podemos tener experiencia del Cristo resucitado. Nuestros ojos se pueden abrir si abandonamos doctrinas, mentalidades, enseñanzas, que tienen que ver con el poder, el triunfo y la superioridad de unos sobre otros. Si abandonamos todas estas actitudes y somos capaces de sentarnos a la mesa con los demás para compartir nuestra vida, esto nos permite tener experiencia profunda del Señor resucitado.

Nos permite también comprender el diseño del Padre. Todas las escrituras estaban orientadas hacia este gesto total y único de una vida que se entrega por amor a los hombres. Lo que han hecho los primeros discípulos de Jesús sobre la memoria de su vida, también hoy nosotros tenemos que saber hacerlo.

Sabiendo que nuestro corazón puede estar lleno de calor y de vida, es cuando podemos repetir esos mismos gestos del Cristo al partir el pan para dar vida y anunciar con este pan el proyecto del Padre, que es un proyecto de plenitud para todas las criaturas.